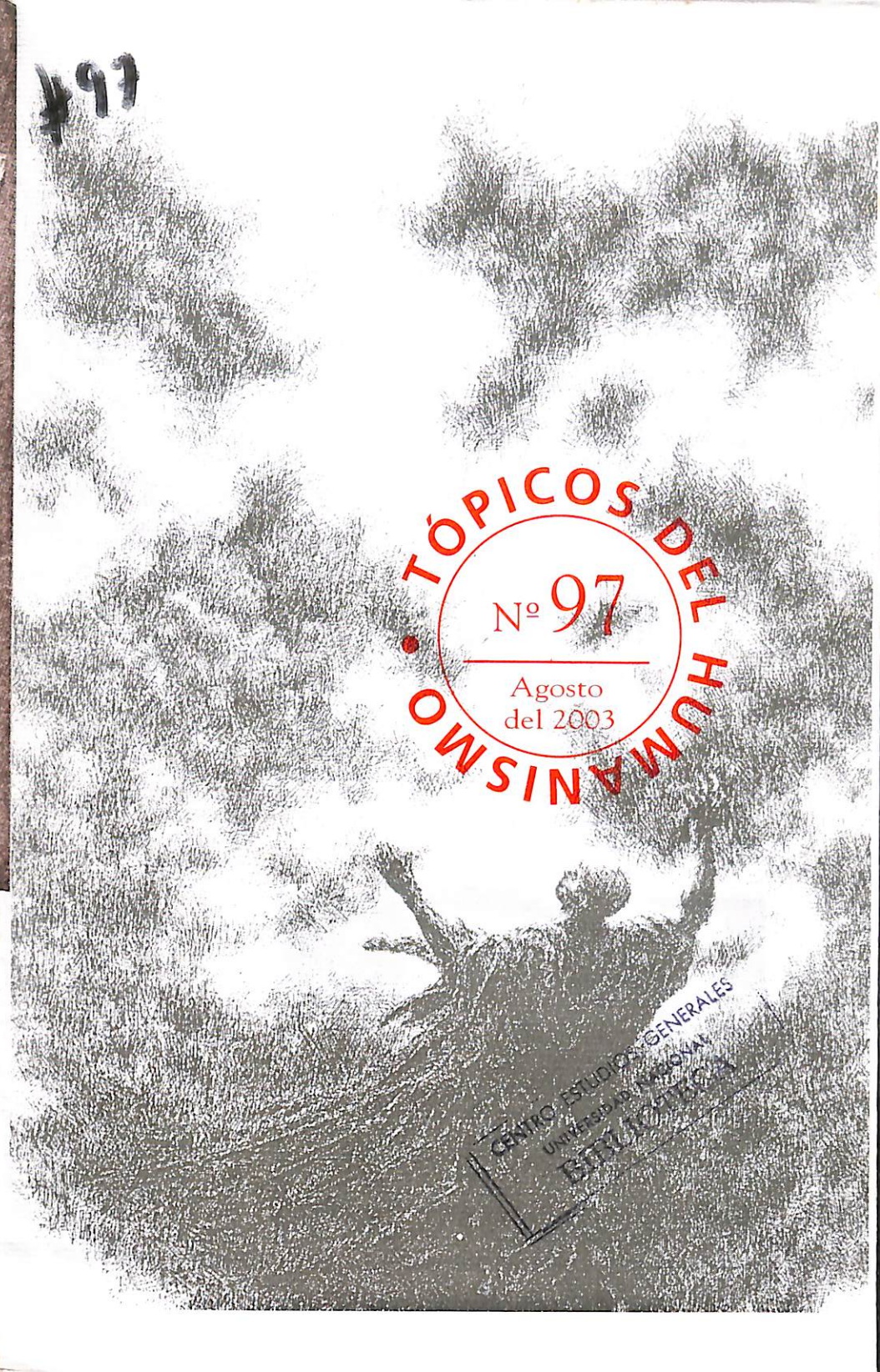




97

TÓPICOS DEL HUMANISMO
Nº 97
Agosto del 2003



CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

LA PARADOJA DEL INTELLECTUAL

Maynor Antonio Mora

La paradoja

Hoy en día, uno de los trabajos más cuestionados, es el trabajo intelectual, especialmente aquel que pretende decirnos qué hacer y cómo convivir en "estado social". Incluso los mismos intelectuales arremeten contra el desempeño del intelecto, cuestionando su naturaleza epistemológica y su función política, en un contexto social en el cual este constituye parte esencial. El por qué surge esta paradoja tiene que ver con variables más sociales que epistemológicas (como se podría suponer apresuradamente).

Sin embargo, la crítica posmoderna al trabajo intelectual tiene también fuentes estrechamente vinculadas al cuestionamiento de la razón (instrumental y no instrumental) desde la razón misma (¿desde cuál otro lugar podría ser?) y desde las particulares formas en que la lectura de la racionalidad científica se ha colado en el quehacer cotidiano de la gente (dígase: resistencias políticas, movimientos sociales, procesos de concienciación política, perfeccionamiento de los mecanismos democráticos, manejo de los sistemas tecnológicos, etc.), es decir, desde los mismos espacios "reales" creados por la razón.

La crisis del intelecto como mecanismo de vinculación política, o sea, de prospección de futuros probables y éticamente válidos, es quizás la manifestación más palpable de la crisis de la intelectualidad. Para el intelectual es cada día más difícil el augurio de futuros mejores, frente a un mundo social en aparente construcción autónoma y caótica. Aquí tenemos que hacer algunas salvedades ya que, evidentemente, "intelectualidad" refiere a las ciencias sociales, la filosofía y las demás humanidades y, por ende, es necesario que hablemos primero de las ciencias exactas, naturales y de la tecnología. No porque estas dejen de estar vinculadas con el trabajo intelectual, sino porque el particular trabajo intelectual que constituyen no está aquí en cuestión, como sí sucede con el trabajo de las y los científicos sociales, humanistas y políticos.

La división de la ciencia, más allá de los esfuerzos actuales por encontrar mecanismos de encuentro (la transdisciplinariedad), responde a una dinámica social de fragmentación propia de esta forma de conocimiento. Y así las ciencias exactas, naturales y las tecnologías físicas derivadas de ellas, han permitido la construcción de los tecnosistemas que hoy, sin ninguna referencia epistemológica, dominan el desempeño de la cotidianidad, en sustitución de los viejos mecanismos de información/control (iglesia, superstición, sentido común, violencia directa). A ello súmese los aportes de las disciplinas sociales encargadas de alcanzar, sin hacer tampoco ninguna distinción ética, grados diferentes de control de la conducta (mercadería, administración, publicidad, pedagogía, propaganda política y económica), y el panorama de la realidad vigente queda más o menos claro, respecto de su carácter plastificado por el conocimiento científico y tecnológico.

Uno de los ejemplos más llamativos es el de las tecnologías de la información. A partir de fuentes de la más diversa naturaleza (desarrollo de los sistemas de manejo de datos, el avance de la programación, la inducción social hacia el uso del ordenador, la producción de hardware, la instalación de redes), el control informático de la realidad actual es evidente tanto por sus efectos como por su particular generalización en el espacio social. Sin embargo, ni la existencia de tales efectos ni la señalada generalización, suponen que seamos conscientes de la naturaleza misma de estos mecanismos de control informático. Lo obvio es siempre lo menos conocido. Y es precisamente en relación con la administración de los datos, sistema que nos parece de lo más "natural" y "cotidiano", que la ausencia de conocimiento se presenta como mayor evidencia: La información no garantiza, pues, conocimiento.

La pregunta que se deriva del desarrollo de las ciencias naturales e informáticas, así como de los sistemas tecnológicos basados en ellas aparece a flote: ¿Son concientes esas ciencias de sí mismas? Esta cuestión, lamentablemente, no la pueden responder ellas, sino que es campo de acción de la ciencia social. Vale decir: la respuesta es por lo general negativa. Lo cual revela el sinsentido de la especialización, y de la acción social derivada de esta misma especialización, a la vez que la necesidad de un mayor monitoreo consciente de la CIENCIA en general (desde y fuera de las ciencias sociales).

El caso de las armas nucleares o las armas biológicas (sistemas tecnológicos que pueden erradicarnos como especie) es muy elocuente: Ni idea parecen tener gobiernos y centros de investigación sobre los efectos potenciales de tales artilugios. Existe algún grado de control político, pero igualmente el control político parece estar separado de la misma producción de conocimiento y de la aplicación tecnológica. ¿Contrasentido? ¿Aberración? ¿Paradoja social? Todas estas cosas y más: Las ciencias no son conscientes de sí mismas, excepto cuando hablamos de las ciencias sociales y las humanidades. ¿Deberían ser conscientes? Sí, y esto supone que el científico natural y el tecnólogo tendrían que ser, en el mejor de las realidades posibles, también humanistas y civitólogos.

De nuevo retornamos al problema del intelectual, y su actual despiste de la escena política. Porque el intelectual de la conciencia ha sido

derrotado por su mismo intelecto y por el agresivo dominio contemporáneo del "principio de realidad" (Freud, Marcuse), dejando el campo intelectual exclusivamente en manos de los "otros" intelectuales, de la especialización y consecuentemente sobre la base del desconocimiento de las "totalidades generativas", es decir, de los procesos históricos de gestación y uso social de la ciencia. Nos encontramos así, no ante la crisis de las ciencias, sino ante la crisis de las ciencias sociales, las humanidades, la política y la filosofía, y por ende, ahora sí, ante la crisis de la CIENCIA.

La razón pedagógica

La paradójica presencia del intelectual en el mundo moderno expresa, por un lado, el potencial de la "verdad" y, por otro, la fatalidad de una realidad escindida en esferas del saber y hacer contrapuestas (donde esta "verdad" opera también como parte de un subsistema autónomo), que exteriorizan "otro mundo" más allá de la conciencia y la voluntad, "otro mundo" poblado por el sinsentido, por una "segunda naturaleza", por una potencia tecnocrática de la que somos, intelectuales y no intelectuales, entes dependientes. El intelectual, regido por el principio de la conciencia, conoce así la "verdad del mundo", pero, a la vez, patéticamente, su saber muestra la naturaleza misma del mundo, donde el intelectual por más esfuerzo que haga es condenado a algún grado de ruptura mental con la realidad y a la vez de mesianismo, desde su universo particular de sentido (uno más entre todos). Condenado a conocer y entender, está también condenado a sufrir.

Esta trascendencia del intelecto en un mundo no trascendente en sentido político ha creado no pocos desgarrs existenciales, sobre todo después de la crisis desatada por la caída del socialismo histórico y el posterior abandono del marxismo, corriente en la que saber y hacer están estrechamente vinculados, pero desde la cual, a la vez, se demandó una universalidad del intelecto y la conciencia, que como todo universalismo cayó en la generalización metafísica y el ocultamiento de relaciones de poder entre los intelectuales y los otros mortales (las y los "no-intelectuales").

La disociación demográfica entre quienes saben y quienes no saben (respecto del conocimiento científico) ha sido difícil de superar por la modernidad. Y no solo se trata de un problema de saber (si entendemos saber bajo categorías universales), sino de las formas de poder que todo saber instaura, como Michel Foucault ha explicado extensamente en su obra.

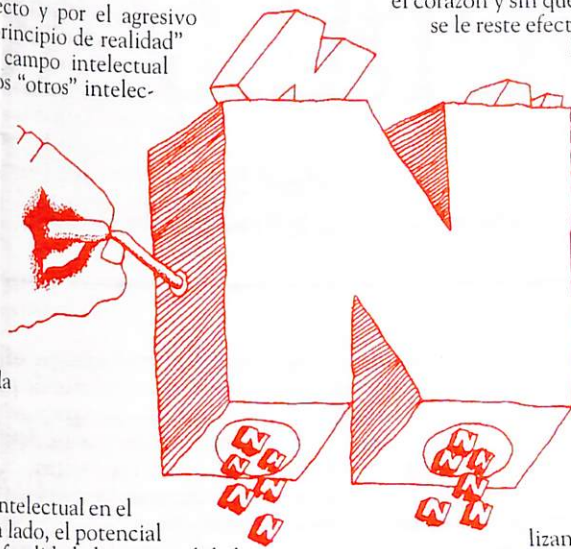
Todo saber establece subjetividades y posiciones frente a las cuales los individuos se relacionan como sujetos. La expresión más acabada del saber científico y moderno es la razón pedagógica, que se fundamenta en el criterio de que el saber (universalmente válido y ciertamente verdadero) es comunicable también universalmente. El saber verdadero no puede encontrar objeciones; su misma naturaleza "lógica" hace que el otro deba aprehenderlo, deba convencerse de su veracidad, y deba ser receptor de conocimiento. Esa "naturaleza lógica" deriva, bajo este criterio, de la naturaleza misma de lo humano. Humanidad = conocimiento = verdad. Póngasele al término conocimiento el apellido científico, e inmediatamente el ser humano aparecerá como un ser científico por naturaleza, como un ser encaminado al conocimiento verdadero (tesis que diversas corrientes filosóficas y científicas sostienen sin dudar en ningún momento).

Los postulados de algunas corrientes posmodernistas han venido a cuestionar este estatus del intelectual en el marco propicio de la razón pedagógica. A grandes rasgos podemos resumir la crítica posmoderna en los siguientes términos:

- Todo enunciado o sistema de enunciados proviene de un sujeto y produce un sujeto y un mundo.
- Todo sistema de enunciados (y por ende todo discurso) crea formas específicas de realidad no universales sino particulares. Por ende, toda universalidad responde a un proceso social de entendimiento (Habermas), y no a la universalidad de las categorías mismas (desde la definición metafísica).
- Los discursos modernos y los metarrelatos (Lyotard) crean historias ficticias, ontologías posibles (¿?) que aparecen como necesarias y determinantes. En estas historias, el sujeto enunciante y el sujeto enunciado no se distinguen, al ser presa de una relación de poder que oscurece la diferencia.
- Los discursos, al obviar el problema de los sujetos producidos, tratan de resolver el problema de la realidad estrictamente en términos de representación.

El aporte de Habermas, a este respecto y desde su teoría de la acción comunicativa, es el rescate del sujeto, por un lado y, por otro, el rescate de la función de los procesos de entendimiento que aparecen como universales desde el sentido de la pertenencia social (la identidad), más no desde las categorías de representación, ello bajo el concepto husserliano de "mundo de la vida". Con este aporte, la crítica posmoderna queda relativizada hasta cierto punto, más no así el declive efectivo del trabajo intelectual (entendido desde una visión clásica).

El ascenso (nada crítico por cierto) del relativismo cualitativo, ha venido a empujar más este problema del intelectual. Para el relativismo, toda noción, percepción, idea o representación es válida para el sujeto enunciante. Si creo que la luna es de queso, este conocimiento es válido culturalmente para mí como sujeto. Entonces la noción "la luna es de queso" tiene el mismo potencial esclarecedor que la noción "la luna es un satélite natural que orbita el planeta Tierra". Por supuesto, que en términos "prácticos" (criterio de verdad según el marxismo), si deseáramos alcanzar la luna, el primer enunciado tendría poco valor efectivo. ¿Hasta dónde es necesaria entonces la razón pedagógica? ¿Debe inmiscuirse esta razón en ámbitos que no le competen, por ejemplo el romanticismo del enamorado que mira la luna? ¿Debe haber comunicación entre el enamorado y el astrónomo? ¿Puede ser un mismo sujeto, sin que a la "parte" romántica se le rompa el corazón y sin que a la "parte" racional científica se le reste efectividad explicativa? Quién sabe:



Probablemente el astrónomo y el enamorado de la luna tendrían respuestas distintas según el momento y el uso de cada una de las nociones citadas, aunque fuesen un mismo sujeto.

Incluso la noción de "mundo de la vida" adolece de ocultar el poder existente detrás de dicha estructura de identificación colectiva. En esa estructuración histórica de pertenencia, muchas nociones probablemente fueron eliminadas y/o subalternadas respecto de otras, por quién sabe qué mecanismos de selección cultural.

El "mundo de la vida", radicalizando a Habermas, debería ser reducido a procesos de crítica comunicativa, que refunden legítimamente el contrato social subyacente; y esto tendría que ser permanente, y no solo sería entre sujetos adultos (que ostenten supuestamente por "naturaleza" el dominio de la conciencia, del saber o del poder), sino entre actores etarios, genéricos, étnicos, etc., diversos, con condiciones mentales diversas, con motivaciones diversas, y con manejos lógicos y racionales diversos del discurso científico y de los otros discursos sociales. La única premisa incuestionable, como lo plantea el pensamiento radical de Enrique Dussel, es el respeto del sujeto mismo como ente complejo, corporal, emocional, volitivo y racional, como sujeto-encomunidad, que, inmediatamente, puede cuestionar la naturaleza de la comunidad y de su propia subjetividad. Es decir, como ente dispuesto y capaz de un permanente cuestionamiento ontológico de sí mismo y del otro.

Hacia un consenso radical

En definitiva, el problema central que surge es: ¿Qué papel tiene el intelectual bajo este panorama de crítica de los discursos de la modernidad y de los sujetos y mundos enunciados y enunciantes? ¿Cuál es la legitimidad efectiva del intelectual, no solo cuando enuncia descripciones del mundo sino sobre todo cuando enuncia opciones mejores, necesarias del mundo social, cuando nos dice cuál es el mejor mundo posible y el camino hacia el mejor mundo factible? (Y si el intelectual critica el papel del intelectual, ¿no nos estamos contradiciendo o metiéndonos en reducciones al absurdo sin salida?)

Si más allá de la "verdad", importa únicamente el problema de la gestión social del conocimiento, el intelectual puede hacer maletas y despedirse de la escena colectiva, porque la "verdad" como contenido sale sobrando. Sin embargo, si además de la gestión, importa también la naturaleza y las coordenadas del conocimiento, podemos aspirar a una nueva forma de intelectualidad, que se posicione a medio camino entre la "verdad" y la gestión, y esto solo es factible mediante mecanismos de comunicación efectiva, que reduzcan la mayor cantidad de enunciados posibles a consensos sociales legítimos.

La particularidad del intelectual es que domina una gran cantidad de enunciados del conocimiento científico de lo social y lo humano, siendo este uno de los ámbitos prioritarios del conocimiento y la realidad actual. Su aporte primitivo de "capital simbólico" (Bourdieu) es vital en este proceso, pese a que dejemos entre paréntesis el problema de qué tan legítimo pueda llegar a ser este "capital" (independientemente de que sea verdadero o no). Consideremos a ese capital una "buena oferta" para la búsqueda de un consenso radical, no exclusivamente en los ámbitos de producción de conocimiento (la escuela, la universidad, el centro de investigación, los medios de comunicación), sino en todo el espacio social. Lo demás ya no depende del intelectual.

Sin duda la figura del intelectual ha cambiado. Hoy en día los actores sociales ya no creen en dirigentes de la conciencia. Las vanguardias no son hoy tampoco intelectuales y los problemas sociales y del mundo no se dirimen solo en las universidades por sesudos y etéreos pensadores, sino sobre todo en el marco de los mundos (opresivos en su gran mayoría) que todos y todas vivimos en la cotidianidad.

La mayoría de la gente escucha, pero a su vez no cree las palabras de los intelectuales, no solo porque puedan ser engañosas o confusas sino porque la gente "común" también tiene cosas que decir, tan o más valiosas que los enunciados de los expertos científicos. El problema hoy en día no radica en la búsqueda de verdades, sino en cómo las diversas verdades, los diversos matices de la producción social de conocimiento no logran encontrarse en un diálogo efectivo. Este es un problema de poder, que es realmente el problema que ha estado oculto hasta hoy en la situación del intelectual. Cosa que las mismas ciencias sociales y humanidades han logrado "ver". Por consiguiente, no se trata de dejar sin trabajo a los intelectuales, sino de ubicarlos socialmente en el justo lugar que deben ocupar. Esta es una tarea también intelectual y política. Pero que no solo es responsabilidad del "intelectual", sino del intelecto en general, y este último, hay que subrayar, ha abandonado en gran medida los claustros que una vez lo secuestraron y prospera en diversos lugares, algunos de ellos insospechados.



LO UNIVERSAL EN CONTRA DE UN PARTICULARISMO LLAMADO MUNDIALIZACIÓN

Michael Serres

Universidad de Costa Rica, setiembre del 2002

Gracias, queridos amigos, por haber dado a todos los habitantes del planeta Tierra una mundialización perfecta. Esta tuvo lugar, como ustedes lo saben, en Costa Rica. Cuando, bajo la presión de las placas tectónicas, se juntaron por su istmo central, la América del Norte y la del Sur, apareció una de las cunas resplandecientes de la meteorología mundial: el Golfo de México o Mar Caribe.

Antes de ese evento, solo reinaba un único mar, por lo tanto pocas diferencias en los regímenes del calor, los vientos y la humedad; no existían entonces las turbulencias caóticas, globalmente previsibles y localmente imprevisibles, que llamamos clima, sistema relativamente invariable por formidables variaciones en el espacio y sobre todo el tiempo largo, estaciones, años, siglos, milenios, millones de años.

El tiempo que hace nunca se repite en ningún lugar de la Tierra, siempre es diferente en el espacio y siempre diverso con el transcurrir del tiempo. Esas diferencias locales sin uniformidad son producidas por el sistema global del clima. Entonces existe por lo menos un modelo universal con variantes locales fuertemente singularizadas.

Esto nos lleva a ayudar a distinguir ese universal en mosaico de la susodicha mundialización, invasión uniforme del espacio por un fuerte particularismo y poco diferente de la vieja colonización.

Tres olas humanas de expansión

Vamos a ver otros ejemplos de avances universales. Cuando, saliendo de África, el *sapiens sapiens*, traspasó Suez, sin duda en dos intentos, y giró primero hacia Europa, al Oeste, y luego hacia Asia, al Este, de donde giró una segunda vez para invadir Australia, y una tercera vez para llegar a América por el estrecho de Behring, cumplió con su primera ocupación del mundo. Pocas especies, como la suya o la del mosquito, logran adaptarse de esa manera a todos los climas del Globo.

Así, sabemos que el ADN de un fueguino, un ainou, un indio de los Andes o un aborigen de Australia no difiere verdaderamente del de un parisino o de un madrileño: todos los que estamos reunidos aquí venimos del mismo grupito de hombres y mujeres que salieron de África hace poco, quiero decir hace algunos milenios. Pero si se encuentran entre nosotros dos kenianos, aún provenientes de tribus vecinas, su distancia genética puede ser inmensa, ya que vivieron juntos durante millones de años: esto prueba que provenimos de allá.

Universal para todos los seres vivos, microbios, algas, plantas y animales... el código genético abarca la universalidad del ADN humano. Sin embargo ninguna y ninguno de nosotros se parece a alguna o algún otro.

Salidas de América del Sur con el invento del maíz y de Oriente Medio con el del trigo, la agricultura y luego la ganadería, con la domesticación del carnero y el buey, se generalizaron; los únicos pueblos que no las adoptaron se enfrentaron a obstáculos invencibles: por ejemplo los aborígenes de Australia no pudieron practicar esa segunda ocupación del mundo porque les faltaban gramíneas o mamíferos, especialmente rumiantes. Hoy en día, más del 90% de nuestra alimentación proviene de las prácticas agrarias. Sin embargo ninguna cultura tiene la misma cocina.

Posteriormente, la difusión de las frutas y verduras salvó a los humanos de la hambruna. Proveniente de América, la papa alimentó a Escandinavia y Europa del Norte, cuyos inviernos rigurosos probaban a sus habitantes de subsistencia. Si hoy en día los parisinos comen tomates, aguacates y kiwis, provenientes de todas partes, se lo deben a esa tercera expansión. A los viajes del *sapiens*, se superponen los de las especies que transporta, voluntariamente o no: frutos, granos, gérmenes... para beneficio o en su detrimento.

De ahí otra expansión, paralela y que comenzó seguramente con nuestros primeros desplazamientos, la de los microbios y las enfermedades, siempre en marcha hoy en día. Antes visible y ahora bien documentada, su historia nos enseña que la gripe y la peste, traídas por los ejércitos en campaña o por las ratas en los barcos,

mataron más que las batallas. Creo que los romanos conquistaron el mundo porque vivían en unos pantanos insalubres y porque transportaban por todas partes los miasmas a los cuales, durante generaciones, sus organismos eran resistentes. Sus enemigos morían más de contaminación que de las derrotas frente a las líneas de las legiones.

Finalmente, no tomo en cuenta la expansión de los efluentes emitidos por la primera revolución industrial en el Medio Oriente: en las extracciones del hielo de Groenlandia encontramos humos, más o menos tóxicos en los dos últimos siglos, sino apenas después de la era neolítica, cuando circulan en la atmósfera los aerosoles provenientes del calor de los hornos.

La historia y la no mundialización de la escritura

Ya tengo que hacer un paréntesis trágico. No sabemos si el lenguaje nos vino de la "naturaleza" o de la "cultura". Por mi parte, me inclino hacia una música cultural, como la de los pájaros, relacionada con neuronas ahora conocidas, a la cual siguió un lenguaje articu-



lado, luego aprendido, finalmente universalizado al diferenciarse por difusión. Como en el caso, natural, del clima, hay un sistema humano del lenguaje que produce localmente la diversidad en mosaico de las lenguas. Prueba de que lo universal no induce obligatoriamente la uniformidad; solo la fuerza tonta lo hace. Los que salieron de África, todos hermanos y primos, produjeron de esa manera un espectro innumerable y múltiplemente coloreado de culturas. ADN casi infinitamente vecinos produjeron fenotipos en donde estalla y se dispersa la belleza. La agricultura y la ganadería, universales, produjeron modos rurales diferenciados según el clima y las especies. Si la mundialización se opone a las diferencias, en cambio lo universal las favorece. Pero ya que nos falta información y pruebas sobre el origen de las lenguas, no puedo clasificar a ese proceso en la categoría de la misma ocupación del globo.

De manera inversa, en lo que conciernen a la escritura, sabemos por experiencia que la mayoría de las lenguas que se hablan hoy en el mundo han quedado en

la fase oral y no han llegado a las técnicas gráficas. Por lo tanto, cuando algunos eruditos occidentales decidieron que la historia empezaba con la escritura, excluyeron a esos pueblos, los más numerosos del planeta, todavía privados del grafismo. Cuando hablan de los asirios, los latinos o los renacentistas, los historiadores hacen historia; pero si otros describen las costumbres de los Arapesh o los Kwakiutls, hacen etnología. Claude Lévi-Strauss apuntó en algunas palabras en RACE et histoire esa ruptura atroz que nos condena: categoría racista, a lo mejor incluso categoría-madre de todo racismo, la historia consagra entonces un defecto de expansión: no, la escritura no se difundió en el universo. Apegados a la historia, a menudo como nuestra última instancia, nosotros los occidentales tenemos que tomar conciencia de ese apartheid primario en nuestra manera de pensar, sobre todo en las llamadas ciencias humanas, no tan universales ya que predicán la diversidad. De esta manera los sujetos de la historia encierran en reservas, sin el menor remordimiento, a los objetos de la etno o de la antropología. Esa falta de mundialización acaba entonces en un racismo más pernicioso aún ya que se esconde bajo el conocimiento.

Expansión suave de las ciencias abstractas

Salida de Grecia y difundida, que yo sepa, sin imperialismo ni derramamiento de sangre, la geometría enseñó por primera vez a los hombres verdades universales. ¡Qué maravilla! A pesar de las diferencias que se dice tienen las culturas, a pesar de lo resistente que significa la barrera de las lenguas, a pesar de la mala fe que puede presentar un sujeto... nadie puede negar que tres más tres son seis y que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados, en el caso de un triángulo rectángulo. De esta manera, desde Pitágoras y el sexto siglo antes de Cristo, sin armas ni dinero, sin dogma ni poder, se difundió la ciencia rigurosa, quinto punto. De cierta manera, la matemática funciona en todo lado como lengua universal, y eso tres veces: se aplica a todas las cosas del mundo; pone de acuerdo a todos los hombres por las necesidades de su demostración; certifica que el mensaje emitido hace miles de años sea el mismo que transmitimos a las generaciones futuras: por eso a menudo me pregunto si existe otra historia que la de las matemáticas.

Del lado del río Pactolo, en Lidia, Reino de Midas, la leyenda dice que se acuñaron las primeras monedas. No sé si otras regiones las inventaron antes que los lidios

o al mismo tiempo. En cuanto apareció ese equivalente general, se universalizó sustituyendo a menudo a la relación social. Esa última mundialización nos preocupa. Empieza antes de Jesucristo.

Tres materiales, tres logiciales

Los tres últimos empezaron casi al mismo tiempo: escritura, ciencia y dinero nacieron juntos, según los historiadores occidentales, en un pequeño lugar, entre islas y riveras del Mediterráneo oriental, entre Samos, Efeeso, Mileto, Pathmos... El Aoyoo (logos) de Pitágoras, Tales, Heráclito, San Juan Evangelista... escribe, hace cálculos, demostraciones, cuenta, piensa, reza... y se universaliza. Se diferencia de las tres primeras mundializaciones que tenían que ver con técnicas entrópicas de lo inerte y de la vida: la agricultura, la ganadería, las frutas, verduras y animales... estos materiales o duros, ese logicial y suave. No hace falta decir que lo logicial puede organizar a su vez lo material.

La expansión de las redes de comunicación es más reciente. ¿Estará sintetizando a las demás? O ¿las estará borrando todas? Efigie de una transmisión. Hermes forma parte efectivamente de los dioses del Olimpo; se inmiscuye como traductor en las relaciones humanas y, como intermediario, patrocina los intercambios de toda clase y los robos. Pero ¿acaso hemos leído todos los mensajes que transportan hoy día millones de mensajes? ¿Quizás no entendemos nada del mundo contemporáneo porque nos hace falta una epistemología de carácter inaudito?

Es imposible no diferenciar mundialización y universalidad. Hubo difusiones conocidas, imperiales, coloniales que usaron el medio de la invasión y la represión sangrienta. Impusieron y todavía imponen particularismos locales: la democracia del más fuerte es la

mejor. Pero lo que va avanzando aquí debajo de la máscara del mundo no es más que una excepción.

En cambio, parece que las expansiones que acabo de enumerar no ocuparon la Tierra espada en mano. Los hombres, el erado, las manzanas y los corderos por un lado; lenguaje, conocimiento y dinero avanzan de otra manera. ¿Por eso se debe considerar su universalidad como un hecho? ¿Acaso lo sabremos algún día?

Un indio de Francia les habla de lenguas

Mis padres hablaban a diario la lengua de Oc, particular y despreciada en Francia, la hablaban en la casa, en el campo, en la feria, en su pequeño negocio. No les hacía falta ir a la ciudad, menos todavía a París, nunca viajaban al extranjero. Durante la Primera Guerra Mundial, a menudo se juntaban en los regimientos los que hablaban los mismos dialectos. Por dicha, mi maestro de escuela no conocía lo políticamente correcto y me enseñó más o menos bien el francés, lengua de comunicación entre las provincias. Hoy en día, favorables a la regionalización, los parisinos, los políticos y los administradores empujan hacia delante las lenguas vernáculas que ya no gozan del favor del pueblo, porque ese gascón solo se habla en un grupo reducido de cantones y no les permite a sus locutores viajar por el mundo, el conocimiento y el cuerpo social.

En San Francisco el aprendizaje de todos los conocimientos en cantones, malé o navarro les impide a los indios y los inmigrantes acceder a las universidades. Lo políticamente correcto se vuelve en contra de sí mismo, se hace contraproducente, provoca bloqueos para los pobres y débiles dentro de su debilidad y pobreza. Esa es una de las lecciones de mi propia vida.

A la inversa, hoy en día los historiadores de las ciencias saben cómo desplegar la historia de las lenguas de comunicación. El Mediterráneo habló griego, ya que los egipcios dijeron pirámide, y los judíos sinagoga; luego se difundió el latín en las ciudades y los puertos; tiempo después los astrónomos, médicos, algebristas y algorítmicos escribieron sus ciencias en árabe; pero el latín volvió y subsistió hasta el final del siglo diecinueve; las épocas clásicas se expresaron en francés; ahora todos hablamos una especie de inglés.

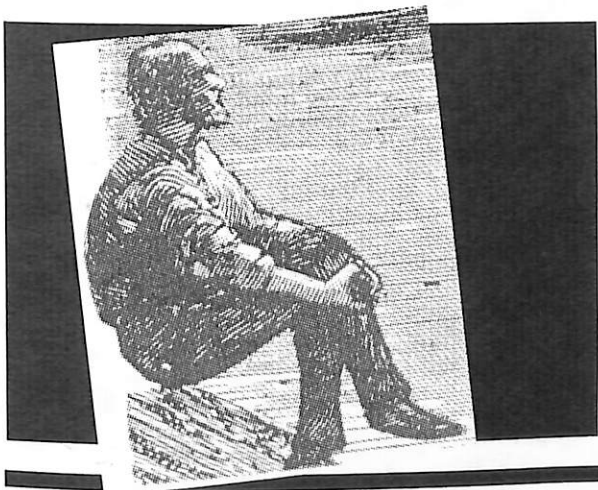
Contemplan entonces las constelaciones. Admiren entre ellas a Sirio, latina Aldebarán y Rigel, árabes, Antares y Arcturus, la cola de la Osa, griegas. Ahí se dan cita todas las lenguas de comunicación de la historia de las ciencias. Universal y entrelazada, la marquetaría de los nombres celestiales nos enseña cierta tolerancia. Efectivamente sería mejor universalizar ese mosaico e incitar también en el cielo a los Aztecas, Kwakiutls, Arapesh y Bearneses.

En efecto, ¿cómo podrían entenderse entre sí los astrónomos, marineros, aviadores, banqueros, comerciantes, químicos y naturalistas sin que se hubieran puesto de acuerdo sobre su idiolecta? Unos disponen de un semáforo o señales, de un Morse o de un Scott, otros, de sistemas de intercambio, Lavoisier, luego Linné inventaron llamar moléculas químicas y seres vivientes de flor y fauna, para evitar omisiones y repeticiones. ¿Quién puede hoy en día rechazar cloruros y tartratos, manganeso y uranio, quercus robur y canis latrans? Como la de las matemáticas, esas lenguas se hablan universalmente. Y si no, ¿cómo harían los agricultores en las ferias?

Metro, gramo, litro

Me parece por lo tanto, que la lucha contra la mundialización debería darse más bien contra un particularismo, la manera de vivir de los más fuertes. Esos países nos están imponiendo a nosotros, siervos voluntarios, su moneda, una visión del mundo y costumbres. Actualmente se pueden ver más palabras inglesas en los muros de París que palabras alemanas durante la ocupación; nadie obliga a las agencias de publicidad a que las usen. Solo podemos combatir esa forma nueva de colonización con la universalidad. No se trata de levantar lo local contra lo global, sino todo lo contrario, luchar con lo global contra ese local.

Un ejemplo los va a convencer, eso espero, al igual que me convenció a mi heredero de la Revolución Francesa, me parece que el sistema métrico es su mundialización más exitosa. Muchos pueblos en el mundo se oponen a los derechos humanos, último fruto, según dicen, del colonialismo europeo, pero ninguno se opone al sistema métrico, bastante universal, dichosamente en cuanto a la práctica o a la física de las mediciones. Cuanto más se analiza más aparecen sus virtudes, con referencias al meridiano, objetivo y estable, del mundo,



mejor que a las tallas, variables y subjetivas, de los cuerpos. Su coherencia y sencillez hacen risibles e incoherentes a las libras, las pulgadas, los galones y las yardas. Prueba de eso es la obligación en la que se ven los físicos norteamericanos de adoptarlo para sus investigaciones, no obstante tengan que volver, esquizofrénicos, al uso de las millas y onzas en su vida privada.

Prueba que solo lo universal puede y sabe luchar contra un particularismo invasor.

Para luchar contra la MUNDIALIZACIÓN, o sea la conquista del mundo por un PARTICULARISMO omnipotente, vale más lo UNIVERSAL que las EXCEPCIONES.

¿Cómo definir una excepción cultural ya que una cultura, porosa, solo vive por la absorción de las demás? Nunca Francia fue tan resplandeciente como en el siglo diecisiete cuando Corneille tomaba inspiración de los españoles, Moliere de los italianos, Bossuet de Roma y Fénelon de los griegos, La Fontaine de los indios y Racine de los turcos. En cuanto las excepciones culturales se enfrenten a la mundialización, el combate opone dos particularismos, uno fuerte, el otro débil, invasor e invadido. La humanidad va avanzando gracias a los universales, el de las ciencias, las pedagogías, las lenguas, incluso el mercado, y va retrocediendo con los particularismos, especialmente el que invade el mundo. Lejos de borrar las diferencias, lo universal las va generando.

Lo universal, la democracia, la relación

Los débiles tienen esperanza en la universalidad y los fuertes se arman y se enorgullecen con su particularismo.

Según mis conocimientos, el primer universal surgió cuando Tales, geómetra griego de viaje por Egipto, definió una forma invariable por variación de tamaño. La enorme pirámide construida por el faraón Cefes es similar o idéntica bajo la relación de la forma, al modelo reducido, minúsculo que podría tener en mi mano. El logos helénico saca su formidable originalidad, su universalidad, no de lo que nombra palabra o revelación, cosas corrientes en todas las lenguas y por eso variables, sino porque define esa relación. En relación con quinientos mil, un millón se comporta como dos con uno.

Entonces ¿qué importa el número, tamaño y las fuerzas, incluso la potencia y la gloria, en una relación de ese tipo? Con ella, se equivalen lo pequeño y lo grande, lo pesado y lo liviano, el faraón enterrado bajo esa enorme lápida y el miserable fellah que surca el suelo o labra una de esas piedras, lo global ocupando el espacio y lo local escondiéndose detrás de la cerca.

Entre sus mentiras políticas, los griegos inventaron la democracia, no en sus Asambleas donde su arrogancia excluía metecos y esclavos, sino en la definición geométrica de esa nueva relación, la cual como el rayo, sin derramamiento de sangre ni desgracia de muerte, se universalizó.

Universalidad del Gran Relato

He ahí la maravilla de la antigüedad, y he aquí la contemporánea: en el mismo momento en que, como en el renacimiento, estamos cambiando de soporte con las nuevas tecnologías, en el momento en que vivimos en un universo nuevo y una Tierra nueva, gracias a la astrofísica y la tectónica de las placas, en el momento en que nuestro cuerpo cambió como nunca lo había hecho en el transcurso entero de la hominización, en el momento en que Copérnico, Mercators y Vesalios vuelven más numerosos y más profundos que sus precursores, por fin disponemos de un gran relato, estéticamente magnífico y tan extensamente desplegado en el espacio y el tiempo que nunca hubo uno más largo, más probable incluso más verdadero, ya que todas las ciencias, en paralelo y sin cesar, obran para su rectificación... ¡Oh, milagro suplementario!, ninguno fue tan universal porque este es común a la humanidad entera.

Desde que el Big Bang, otra vez él, empezó a construir los primeros átomos de los cuales se compone la materia de las cosas inertes e incluso de nuestra propia carne, desde que se enfriaron los planetas y nuestra Tierra se convirtió en una reserva de las materias, más pesadas aún, de las cuales están formados nuestros tejidos y nuestros huesos, desde que hace cuatro mil millones de años una extraña molécula de ácido empezó a replicarse tal cual, luego a transformarse en mutante, desde que los primeros seres vivos se pusieron a colonizar la faz de la Tierra, evolucionando sin cesar, dejando detrás de ellos más especies fósiles que las que podamos conocer, desde que una muchacha, llamada Lucy —quien a veces sospechamos tenía una edad bastante más avanzada, en vista de la esperanza de vida en esos tiempos e incluso, horror, ostentaba un sexo varón— empezó a erguirse en la sábana de este africano, anunciando sin saberlo los viajes explosivos de la futura humanidad en la totalidad de los continentes emergidos, en cultura y lenguas contingentes y divergentes, desde que unas tribus de América del Sur y de Oriente Medio inventaron cultivar el maíz o el trigo, sin olvidar el insigne patriarca que plantó la vid o el héroe indio que creó la cerveza, domesticando así por primera vez seres vivos tan minúsculos como una levadura, desde que empezó la escritura y algunas tribus se pusieron a versificar en lenguas griegas o itálicas... entonces el tronco común del mayor relato empezó a crecer, de verdad, para dar una consistencia crónica inesperada, real y común a un humanismo por fin merecedor de su nombre, ya que por fin pueden ser parte de él todas las

lenguas y culturas que precisamente nacieron de él, único y universal porque se escribió en la lengua enciclopédica de todas las ciencias y se puede traducir en cada lengua vernácula, sin imperialismo ni particularismo, igual que en la mañana de Pentecostés.

El mosaico de las culturas

Oigo sus voces: en esa larga epopeya nada nos va a consolar, ni nos protegerá de no comprendernos porque no hablamos las mismas lenguas, de no odiarnos porque no practicamos las mismas religiones, de no explotarnos para que no tengamos los mismos niveles de vida, de no perseguirnos porque no disponemos de las mismas formas de gobierno... nada puede evitar que nos matemos los unos a los otros por todas esas razones. Oigo sus voces y ustedes tienen razón. Peor aún, la cultura antigua, la que algunos añoran, la que se fundó sin embargo sobre el horror de la guerra de Troya o la prohibición del sacrificio humano bajo el puño de Abraham, padre de los monoteísmos, la cultura antigua nunca nos liberó de esas violencias infernales, cotidianas en la historia, ni de las masacres de galos, indios, cataros o aborígenes, ni de Auschwitz, ni de Hiroshima. Como las ciencias no dicen el significado, solas las culturas lo anuncian.

Nosotros los profesores, a veces humanistas en el pleno sentido, por dicha no tenemos poder político, ni fuerzas armadas, ni dinero. No sabemos usarlos mejor que los demás, y por desgracia nos ha pasado mil veces. Se reconoce a la cultura verdadera en lo que permite a un hombre llamados de cultura lo saben.

Entonces solo disponemos del lenguaje, y a veces, de la enseñanza. Solo podemos entonces trabajar a largo plazo. En el inmerso plazo del gran relato. Y ¿cómo vamos a responder, con nuestros medios específicos, a esas dolorosas preguntas que seguramente emanan del problema del cual quedamos sin consuelo? ¿Cómo trabajar para la paz? El más alto de todos los bienes colectivos.

Llamado a las Universidades del mundo entero para un saber común

Preocupados por las incomprensiones y las guerras entre los pueblos, pensamos que la puesta en marcha de un tronco común de conocimiento que reúna poco a poco a todos los hombres, empezando por los estudiantes, favorecería el avance de la paz en el mundo. Ese humanismo universal contribuiría a crear una mundialización gratuita y pacífica.

Solicitamos a los presidentes de las universidades del mundo entero que el primer año de su enseñanza sea dedicado a un programa común que permita a los estudiantes de todas las carreras y todos los países tener un horizonte semejante de saber y cultura; después, les tocaría propagarlo. Solamente les sugerimos un marco general que podrán modular según su especialización, su cultura y su buena voluntad. Está inspirado en las siguientes consideraciones:

- I. Las ciencias duras ya alcanzan la universalidad; las tomamos aquí en conjunto y según la evolución general del mundo descrita por la enciclopedia contemporánea.
- II. En cuanto a las culturas, estas forman un mosaico de una gran diversidad de formas y colores, al igual que las lenguas, las religiones y las políticas. El nuevo saber humanista asimila ese conjunto de diferencias.

Ese marco se divide en tres tercios de los cuales uno está reservado a la especialidad de la carrera (medicina, ciencias o humanidades...) y los otros dos tercios al programa común.

Programa común para el primer año de las Universidades

- I. El programa específico de la carrera.
- II. El gran relato unitario de todas las ciencias:
 1. elementos de física y astrofísica: la formación del universo, desde el Big Bang hasta el enfriamiento de los planetas;
 2. elementos de geofísica, química y biología: desde el nacimiento de la Tierra hasta la aparición de la vida y la evolución de las especies;
 3. elementos de antropología general: emergencia, difusión y prehistoria del género humano;
 4. elementos de agronomía, medicina y el paso hacia la cultura: la relación de los hombres con la Tierra, la vida, con la propia humanidad.
- III. El mosaico de las culturas humanas
 1. elementos de lingüística general: geografía e historia de las familias de lenguas. Las lenguas de comunicación: su evolución;
 2. elementos de historia de las religiones: politeísmos, monoteísmos, panteísmos, ateísmos...;
 3. elementos de ciencias políticas: Las diferentes clases de gobiernos;
 4. elementos de economía: la distribución de las riquezas en el mundo;
 5. obras maestras escogidas de las sabidurías del mundo y las bellas artes: literatura, música, pintura, escultura, arquitectura... Sitios: el patrimonio de la humanidad según la UNESCO.

TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL:

Dr. Carlos Araya Guillén. Decano del Centro de Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN

Para el humanismo contemporáneo la palabra “intelectual” viene a formar parte de los mecanismos sociales veraces en el instrumento de la investigación y el cuestionamiento de la racionalidad científica en “el sujeto”, que se construye y posiciona desde una verdad comprometida, el futuro, los diversos enfoques de la naturaleza humana, el control de la informática actual, los factores de conducta que permiten indagar en la realidad que se abre en la posmodernidad. Todo conocimiento se determina como un yo ante la colectividad que construye la sociedad civil, que también es objeto de estudio, pues el sujeto es el constructor de una naturaleza artificial. La sociedad cree en una razón pedagógica que manifiesta el discurso, los metarrelatos y las historias ficticias, es la representación de una búsqueda de la identidad universal fundada en la palabra y los códigos. Por esto es importante el estudio del ser intelectual, en su trabajo como forma de ver el humanismo contemporáneo en su visión necesaria para el estudio de los eventos del siglo XXI.

Otro enfoque que se nos muestra es el estudio de una nueva noción de lo universal. Nos posibilita una reflexión taxativa en el estudio de las ciencias y los grandes períodos de la historia que confluyen en nuestros días, para el ordenamiento de las ciencias, las artes y todo lo que engloba el fenómeno de los aspectos esenciales en la cultura universal. Una propuesta interesante de cómo introducirnos en las humanidades permite reflexionar sobre el mundo, la cultura y el individuo en las sociedades fragmentadas.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor

CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA

Créditos: Portada: Ilustración de Sergio Fonseca. Técnica de tramado sobre cartón, 2003. Es estudiante de la Escuela de Arquitectura de la UCR. Prepara una exposición de sus obras. • Contraportada: Guayasamín. “Manos de mendigo, N° 2”. Colección Fundación Guayasamín, Quito, Ecuador, 1963-1965.